

## CAPÍTULO V

DE LA PREPARACIÓN QUE SE REQUIERE PARA ANTES  
DE LA ORACIÓN

AHORA será bien que tratemos en particular de cada una destas cinco partes susodichas, y primero de la preparación, que es la primera de todas.

Ya dijimos que era necesario algún aparejo para entrar en la oración. Este aparejo puede ser de muchas maneras. Porque puede el hombre disponerse para la oración trayendo a la memoria sus pecados, y señaladamente los de aquel día, y acusarse dellos, y pedir al Señor perdón dellos, según aquello del Sabio que dice: «El justo, al principio, es acusador de sí mismo». Esto parece que es descalzarse los pies para entrar en la tierra santa, y lavar las vestiduras para salir a recibir a Dios cuando viene a tratar con los hombres y enseñarles su santa ley. Esta manera de aparejo nos enseña la misma naturaleza, porque común cosa es, cuando vamos a pedir algo a nuestros amigos, pedirles primero perdón, si en algo los hemos ofendido, que les pidamos otra cosa. Esto se puede hacer a veces con solo el corazón, y a veces diciendo la confesión general, o el salmo de *Miserere mei Deus* u otro semejante, con tanto que ninguna cosa destas se diga de corrida, sino con todo el reposo y sentimiento que sea posible.

Mas no se debe el hombre detener mucho en esta consideración de los pecados, como hacen algunos que aquí comienzan y acaban, y aquí se les pasa toda la vida, porque aunque esto sea siempre bueno, y a los principios necesario, mas todavía conviene que se tome con tal medida que no quite el lugar a otras cosas mejores. Y por esto, no es menester que descienda el hombre a considerar muy por menudo sus pecados, especialmente aquéllos cuya representación lo podría incitar a mal, sino basta que, hecho uno como haz de todos ellos, lo arroje en aquel abismo de la divina bondad y misericordia, para que allí se consuman y desaparezcan.

También nos podemos aparejar considerando la majestad y grandeza de aquel señor con quien vamos a hablar en la

oración. Porque esta consideración nos enseñará con cuánta reverencia y humildad, y con cuánta atención, debe hablar una criatura tan miserable como es el hombre a un señor de tanta majestad como es Dios, sobre un negocio de tanta importancia como es su salvación. Mas para entender algo desta divina majestad, debes considerar que los cielos y la tierra, y todo el universo, no es más que una hormiga, o como dijo el Sabio, un grano de peso que se carga en la balanza delante la majestad de Dios. Pues si todo lo criado no es más que una hormiga delante dél, tú, que tan pequeña parte eres de todo ello, ¿qué parecerás delante dél?

Esta consideración es como una profunda reverencia que hace el ánima dentro de sí misma, delante del trono de aquella soberana majestad, cuando entra en su palacio a hablar con ella. Con esta manera de humildad y reverencia nos enseñó a orar el Hijo de Dios cuando se postró en tierra para hacer oración, para darnos a entender cuán derribado ha de estar el hombre, y cuán sumido en el abismo de su vileza, cuando se pone a hablar con Dios. Con este espíritu y sentimiento puede el hombre repetir las palabras de aquel santo patriarca que decía: «Hablaré a mi señor, aunque sea polvo y ceniza».

Sobre todo esto, aprovecha mucho para este aparejo considerar lo que vamos a hacer cuando nos llegamos a la oración. Porque, bien mirado, no vamos allí a otra cosa sino a recibir el espíritu de Dios y las influencias de su gracia y el alegría de la caridad y devoción, de la cual vemos cuán llenas salen las ánimas de los justos, acabada una larga y devota oración. Y si esto es así, por aquí verás con cuánta humildad y reverencia, y con cuánta atención y devoción, debes estar cuando te llegas a abrir los senos del ánima para recibir en ellos a Dios. Mira con qué devoción ardían los apóstoles cuando estaban esperando la venida del Espíritu Santo, y por aquí entenderás cómo debes tú estar cuando te llegas a esperar y recibir el mismo Espíritu Santo, aunque no sea con tanta plenitud. Por aquí verás cuán cerradas has de tener entonces la puertas de tu entendimiento y voluntad a todos los cuidados del mundo, y cuán abiertas a solo Dios, porque si viniere,

no se vuelva, por hallar cerrada la puerta, o embarazada la posada con otros huéspedes. Pues con este aparejo y espíritu puedes presentarte aquí ante la cara del Señor, como aquel hidrópico que estaba delante dél esperando de su misericordiosa mano el beneficio de su salud, o como aquel leproso que, arrodillado ante sus pies, humildemente decía: «Señor, si quieres, puedesme limpiar». Mira de la manera que está un perrillo ante la mesa de su señor, halagándolo con los ojos y con todo el cuerpo, esperando alguna migajuela de su mesa, y desta manera te debes presentar ante aquella rica mesa del señor de los cielos, confesándote por menor que todas sus misericordias y pidiendo alguna partecica dellas para ti. Con este espíritu puedes decir aquel salmo: *Ad te levavi oculos meos, qui habitas in coelis*, etc., el cual, aunque breve, es muy aparejado para despertar y encender este afecto susodicho.

Desta preparación o de la otra puedes usar como quisieres, sino que la primera parece que conviene más para la noche, cuando el hombre debe examinar su conciencia y pedir perdón de los defectos de aquel día, y la segunda para la mañana, cuando madruga a pedir a Dios limosna y socorro de gracia para mejor emplear aquel día en su servicio.

Y porque el saber orar como conviene es un muy especial don de Dios y obra del Espíritu Santo, pídele humildemente, así en la una preparación como en la otra, que él te enseñe a hacer este oficio y te dé gracia para estar allí hablando con él con aquella atención y devoción, y con aquel recogimiento de corazón, y con aquel temor y reverencia que conviene a tan grande majestad. Y, asimismo, para que de tal manera perseveres y gastes aquel poco de tiempo en este ejercicio, que salgas dél con nuevas fuerzas y aliento para las cosas de su servicio.

También suele ser buena manera de aparejo rezar algunas oraciones vocales antes de la mental, porque propio es de la oración vocal disponer para la mental, como lo menos perfecto dispone para lo más perfecto. Mas así como el corazón se comenzare un poco a encender en devoción, luego se debe dejar la oración vocal por la mental, así como el navegante, que no cura más del navío cuando se ve ya en el puer-

to, o como el enfermo, que luego deja la medicina cuando se ve con la salud que deseaba.

Aquí conviene avisar de la intención con que el hombre se ha de llegar a la oración, porque no se ha de llegar principalmente por su propia consolación y regalo, como hacen algunos amadores de sí mismos, sino sólo por hacer en esto la voluntad de Dios, y pedirle su gracia y disponerse para ella. Y, con todo esto, ha de ir el hombre tan puesto en las manos de Dios, que tan aparejado ha de estar para las consolaciones como para las desconsolaciones, remitiendo todo este negocio liberalmente en el beneplácito de Dios, para que disponga dél y de sus cosas todo lo que por bien tuviere, conociendo por una parte que no es merecedor de nada, y creyendo por otra que, aunque esto sea así, el Señor, por su infinita piedad y clemencia, hará aquello que más convenga para su salud. Y por esto debe el hombre contentarse igualmente con lo poco y con lo mucho, y con cualquier tratamiento que nuestro señor le hiciere, teniéndose por indigno de todo lo que le dan y estando aparejado para todo lo que le mandaren, no por lo que espera recibir, sino por lo que ya tiene recibido y por lo que Dios merece. Contra lo cual vemos que hacen muchos, los cuales son como los mozos harones, que, si no les bailan delante, van refunfuñando a los mandados.

También conviene aquí avisar que cuando el hombre ha de tener su ejercicio de oración por la mañana, se acueste con este cuidado de antenoche, y como los que han de masar otro día suelen recentar de antenoche, así debe el hombre prevenir con una piadosa solicitud y encomendar al Señor lo que otro día ha de meditar. Mas a la mañana, en despertando, luego debe ocupar la posada con aquel santo pensamiento antes que otro la ocupe, porque en aquella hora está el corazón tan dispuesto, que cualquier pensamiento que primero se le ofrece, de tal manera se apodera dél, que después no hay quien lo pueda echar de casa.

Y porque la oración de muchos es muy agradable a nuestro señor, para esto será bien que en la oración, así de la mañana como de la noche, pienses cuántos siervos y siervas de Dios, así en monasterios como fuera dellos, estarán en aquella mis-

ma hora velando y perseverando ante el acatamiento divino, derramando muchas lágrimas, y por ventura mucha sangre, por él, con los cuales te debes tú humildemente ayuntar, para que la presencia y la dulce memoria dellos te sea incentivo de devoción y ejemplo de perseverancia en la oración. Y asimismo, cuando te hallares negligente en aquel ejercicio y te vinieren pensamientos de acabarlo, puedes avergonzarte, y acusarte con el ejemplo de tantos buenos, los cuales con tanta atención y solicitud perseveran en aquel ejercicio sin cesar, ofreciendo allí su cuerpos y ánimas a Dios en sacrificio.